

RICHARD FLANAGAN

**El camino estrecho
al norte profundo**



Confinado en un campo de prisioneros japonés en plena segunda guerra mundial, el cirujano Dorrigo Evans vive del recuerdo de la historia de amor que mantuvo dos años atrás con la joven esposa de su tío. Mientras los hombres bajo su mando se dejan la piel en la construcción del llamado «ferrocarril de la muerte», que pretende unir las capitales de Tailandia y Birmania, Dorrigo lucha por salvarlos de las palizas, el cólera y la inanición. Muchos años más tarde, convertido en un héroe de guerra vanidoso y mujeriego, descubrirá todo lo que perdió en esa devastadora vía hacia el norte. Galardonada con el Man Booker, el premio más prestigioso de las letras británicas, *El estrecho camino al norte profundo* es una obra maestra que transita entre el amor y el terror, el coraje y el oprobio, al tiempo que nos recuerda, con su prosa hipnótica y exquisita, que las guerras generan la peor de las violencias pero también, paradójicamente, la mayor de las bondades.

Para el prisionero san byaku san jū go (335)

Madre, escriben poemas.

PAUL CELAN

En el pistilo
se demora una abeja.
No quiere irse.

BASHO

1

¿Por qué en el principio de las cosas siempre hay luz? Los primeros recuerdos de Dorrigo Evans eran del sol entrando a raudales en una iglesia en la que estaba con su madre y su abuela. Una humilde iglesia de madera. La luz deslumbrante y él caminando en un torpe vaivén, entrando y saliendo de aquella luminosidad acogedora y trascendente para arrojarse en brazos de las mujeres. Mujeres que lo querían. Como quien se adentra en el mar y regresa a la orilla. Una y otra vez.

Dios te bendiga, dice su madre, abrazándolo y soltándolo de nuevo. Dios te bendiga, hijo.

Debía de ser 1915 o 1916. Dorrigo Evans tendría uno o dos años. Las sombras llegaron más tarde, en forma de un antebrazo erguido cuyo contorno negro se agitaba en la grasienta luz de una lámpara de queroseno. Jackie Maguire estaba sentado en la pequeña y oscura cocina de los Evans, llorando. Entonces nadie lloraba, excepto los bebés. Jackie Maguire era un hombre viejo, tendría cuarenta años, quizá más, y barría con el dorso de la mano las lágrimas que surcaban su rostro picado de viruela. ¿O sería con los dedos?

Solo su llanto había quedado fijado en la memoria de Dorrigo Evans. Era un sonido como de algo resquebrajándose. Su ritmo decreciente le recordaba el golpeteo en el suelo de las patas traseras de un conejo que se debatía en una trampa, el único sonido similar a ese que había oído jamás. Tenía nueve años, había entrado en casa para enseñar a su madre la ampolla sanguinolenta que se había hecho en el pulgar y no tenía mucho más con qué compararlo. Hasta entonces solo había visto llorar a un hombre una vez, una escena asombrosa, cuando su hermano Tom ha-

bía vuelto de Francia al finalizar la Primera Guerra Mundial. Se apeó del tren, dejó el petate que llevaba al hombro en la tierra caliente del apartadero y rompió a llorar sin más.

Viendo a su hermano, Dorrigo Evans se había preguntado qué podía hacer llorar a un hombre hecho y derecho. Más tarde, el llanto se convirtió sencillamente en la afirmación de un sentimiento, y el sentimiento en la única brújula vital. Sentir se puso de moda y las emociones se convirtieron en un teatro cuyos actores ya no sabían quiénes eran más allá del escenario. Dorrigo Evans viviría lo bastante para presenciar todos esos cambios. Y recordaría un tiempo en que las personas se avergonzaban de que las vieran llorar, en que temían la debilidad que denotaba el llanto, los problemas a los que conducía. Viviría lo bastante para ver cómo se alababa a alguien por algo que no era digno de alabanza, solo porque la verdad se consideraba dañina para sus sentimientos.

La noche que Tom volvió a casa quemaron al káiser en una hoguera. Tom no dijo ni una palabra sobre la guerra, los alemanes, el gas, los tanques y las trincheras de los que tanto habían oído hablar. No dijo nada en absoluto. Aquello que siente un hombre no siempre equivale a todo lo que encierra una vida. A veces no equivale a apenas nada. Tom se había limitado a contemplar las llamas.

2

Un hombre feliz no tiene pasado; un hombre infeliz no tiene nada más. Cuando llegara a viejo, Dorrigo Evans no sabría decir si había leído esa frase o la había inventado él mismo. Inventado, mezclado y despedazado. Despedazado sin piedad. De la piedra a la grava, de la grava al polvo, del polvo al barro, del barro a la piedra, y así siempre porque así es el mundo, como solía decir su madre cuando él

le pedía razones. El mundo es, solía decir ella. Es y punto, niño. Dorrigo Evans estaba intentando sacar una piedra de un roquedal para construir un fuerte con el que jugar cuando otra piedra más grande le había caído sobre el pulgar, provocando una ampolla, grande y dolorosa, de sangre coagulada bajo la uña.

Su madre lo cogió en volandas y lo sentó en la mesa de la cocina, donde la lámpara alumbraba con más fuerza. Rehuyendo la extraña mirada de Jackie Maguire, sostuvo el pulgar de su hijo bajo la luz. Entre sollozos, Jackie Maguire dijo algunas cosas. Su mujer se había ido en tren a Launceston la semana anterior con el hijo más pequeño de ambos y no había regresado.

La madre de Dorrigo cogió el cuchillo de trinchar, cuyo filo estaba pringado de sebo blanquecino de cordero, y hundió la punta entre las ascuas de la cocina económica. Una pequeña voluta de humo se elevó en el aire e impregnó la estancia de olor a carne chamuscada. Entonces la mujer sacó el cuchillo, cuya punta roja resplandecía entre diminutas centellas incandescentes, una imagen que a Dorrigo se le antojó mágica y aterradora a la vez.

Estate quieto, le ordenó su madre, sujetándole la mano con tanta fuerza que el niño se quedó inmóvil de puro miedo.

Mientras, Jackie Maguire iba contando que había cogido el tren correo hasta Launceston para ir en busca de su mujer pero no había podido dar con ella. Dorrigo Evans vio que la punta ardiente del cuchillo le tocaba la uña y que esta empezaba a humear mientras su madre le quemaba la cutícula. Oyó a Jackie Maguire decir:

Se ha desvanecido de la faz de la Tierra, señora Evans.

El humo dio paso a un pequeño borbotón de sangre oscura, y el dolor de la ampolla y el pánico al cuchillo incandescente desaparecieron a la vez.

Ahora largo, dijo la madre de Dorrigo, apeándolo de la mesa con un suave empujón. Largo de aquí, niño.

¡Se ha desvanecido!, se lamentó Jackie Maguire.

Todo esto había ocurrido en los tiempos en que el mundo era ancho y la isla de Tasmania seguía siendo el mundo. Y entre sus muchos lugares remotos y dejados de la mano de Dios, pocos había más remotos y dejados de la mano de Dios que Cleveland, el caserío de unas cuarenta almas donde vivía Dorrigo Evans. Antaño posta frecuentada por los coches que transportaban presidiarios, la aldea había caído en declive y en el olvido, y por entonces no quedaba de ella más que el apartadero ferroviario, un puñado de edificios georgianos al borde de la ruina y unas pocas casuchas de madera con porche delantero, desperdigadas entre sí, que cobijaban a quienes habían sufrido un siglo de pérdida y exilio.

Sobre el telón de fondo de un bosque de serpenteanes eucaliptos negros y mimosas que parecían bailar mecidos por el aire caliente, los veranos eran calurosos y duros. Los inviernos eran duros, sin más. Corrían los años veinte –aunque bien podrían haber sido las últimas décadas del siglo XIX– y la electricidad y la radio estaban aún por llegar. Muchos años después Tom, un hombre poco dado a las metáforas pero acaso movido, o eso había supuesto Dorrigo, por su propia e inminente muerte y el terror inherente a la vejez –que toda vida se reduce a una alegoría y que la verdadera historia se nos escapa–, dijo que aquello era como el largo otoño de un mundo agonizante.

El padre de ambos trabajaba como ferroviario y la familia vivía en una casa de madera levantada a pie de vía, propiedad de la Compañía de Ferrocarriles de Tasmania. En verano, cuando el suministro de agua se veía interrumpido, la extraían con cubos del depósito destinado a las locomotoras a vapor. Dormían tapados con las pieles de las zarigüeyas que cazaban y se alimentaban sobre todo de los conejos que caían en sus trampas, los ualabíes que abatían a tiros, las patatas que cultivaban y el pan que

amasaban. Su padre, que había sobrevivido a la depresión de 1890 y había visto morir de hambre a más de un hombre en las calles de Hobart, se consideraba sumamente afortunado por haber ido a parar a semejante paraíso de los trabajadores. En sus momentos menos optimistas, también solía decir que «quien vive como un perro, muere como un perro».

Dorrigo Evans conocía a Jackie Maguire de las vacaciones que a veces pasaba con Tom. Para llegar a la casa de su hermano solía subirse a la carreta de Joe Pike, que lo llevaba desde Cleveland hasta el cruce de Fingal Valley. Mientras la vieja yegua de tiro a la que Joe llamaba Gracie trotaba alegremente, Dorriego se mecía de aquí para allá y se imaginaba convertido en una rama de aquellos eucaliptos negros que se agitaban sin descanso, peinando el vasto cielo azul que se extendía sobre su cabeza. Percibía el olor de la corteza húmeda y las hojas marchitas, veía en las alturas a los clanes de loris almizcleros verdirrojos graznando alegremente. Atendía, embelesado, al canto de los carrizos y los melífagos, a la estridente llamada de los picanzos grises, punteada por el constante traqueteo de los cascacos de Gracie y los crujidos y tintineos de los aparejos de cuero, las varas de madera y las cadenas de hierro de la carreta, todo un universo de sensaciones que recuperaba en sueños.

Avanzaban por el viejo camino de posta, dejando atrás la destartalada hostería que el ferrocarril había obligado a cerrar, por entonces poco menos que una ruina en la que vivían varias familias empobrecidas, entre ellas la de Jackie Maguire. Cada pocos días, una nube de polvo anunciaba la llegada de un automóvil y los chiquillos salían de entre la maleza y los muros de la hostería para perseguir su ruidosa estela hasta que se notaban los pulmones abrasados y las piernas pesadas como el plomo.

En el cruce de Fingal Valley, Dorriego Evans se apeaba de la carreta, se despedía de Joe y Gracie, y echaba a an-

dar hacia Llewellyn, población que se distinguía sobre todo por ser más pequeña incluso que Cleveland. Una vez allí, se dirigía al nordeste campo a través y, tomando el gran macizo nevado de Ben Lomond como punto de referencia, se abría paso por el bosque hacia las tierras inhóspitas del otro lado de la montaña, donde Tom trabajaba dos semanas sí, una no cazando zarigüeyas. A media tarde llegaba a la casa de su hermano, una gruta enclavada en un recodo abrigado de la montaña, por debajo de una cima recortada. La gruta era ligeramente más pequeña que el cobertizo en pendiente que albergaba la cocina de los Evans, por lo que, incluso en su parte más alta, Tom debía agachar la cabeza cuando estaba de pie. La cueva se estrechaba en los extremos, como un huevo, y la entrada quedaba resguardada por un saliente rocoso, lo que significa que era posible dejar una hoguera ardiendo toda la noche para caldear el interior.

A veces Tom, que por entonces contaba veintipocos años, invitaba a Jackie Maguire a trabajar con él. Tenía buena voz, y por las noches solía cantar una o dos canciones. Y luego, a la luz de la hoguera, Dorrigo leía en voz alta las viejas revistas y diarios –como el *Bulletin* o el *Smith's Weekly*– que componían la biblioteca de los dos cazadores de zarigüeyas. Lo hacía a petición de Jackie Maguire, que no sabía leer, y de Tom, que decía saber. Les gustaba que Dorrigo les leyera la columna del consultorio sentimental, o los «romances del monte», que les parecían «ingeniosos» o a veces incluso «muy ingeniosos». Al cabo de un tiempo, Dorrigo empezó a memorizar otros poemas para ellos que sacaba de un libro de la escuela titulado *Parnaso inglés*. El favorito de los dos hombres era «Ulises», de Tennyson.

Con el rostro picado de viruela sonriente a la luz de la lumbre, brillante y lustroso como un pudín de pasas y especias recién desmoldado, Jackie Maguire exclamaba: ¡Vaya con los veteranos! ¡Esos sí que sabían ensartar las

palabras y tensarlas como una trampa de latón en torno al cuello de un conejo!

Dorrigo no le contó a Tom lo que había visto una semana antes de que la mujer de Jackie Maguire se desvaneciera: a su hermano metiéndole la mano por debajo de la falda mientras ella —una mujer menuda y visceral, con un punto de exótico misterio— se reclinaba sobre el gallinero, un cobertizo situado detrás de la hostería. Tom tenía el rostro enterrado en su cuello, y Dorrigo supo que su hermano la estaba besando.

Durante muchos años, Dorrigo pensaría a menudo en la mujer de Jackie Maguire, cuyo nombre nunca llegó a conocer, cuyo nombre era como la comida con que soñaba todos los días en los campos de prisioneros de guerra: algo que estaba y no estaba a la vez, que se le metía en el cerebro, que se desvanecía en cuanto alargaba la mano para cogerlo. Pasado un tiempo, ya no pensaba en ella tan a menudo, y pasado un poco más ya no pensaba en ella en absoluto.

3

Dorrigo era el único de la familia que había aprobado el examen de aptitud académica al finalizar los estudios elementales, a la edad de doce años, por lo que le habían concedido una beca para estudiar en la escuela secundaria de Launceston. Era mayor que los demás alumnos de su curso. El primer día de clase, a la hora del almuerzo, acabó recalando en lo que se conocía como el patio de arriba, una zona llana cubierta de hierba reseca y tierra, sembrada de trozos de corteza y hojas, en uno de cuyos extremos se alzaban varios eucaliptos de gran porte. Vio a los chicarrones de tercer y cuarto curso, algunos de ellos con patillas, chicos que ya tenían músculos de hombres,

formando dos filas desiguales a ambos lados del patio entre empujones y zarandeos, moviéndose como si ejecutaran algún tipo de danza tribal. Luego empezó la magia del *kick to kick*. Un chico chutaba la pelota desde su fila hasta el lado opuesto del patio, y todos los chicos de la fila contraria se precipitaban a la vez hacia la pelota, y si esta llegaba desde arriba, saltaban en el aire para intentar cogerla. Por violenta que fuese la lucha por apuntarse un tanto, quienquiera que lo consiguiese se convertía de pronto en intocable. A él correspondía el botín, la recompensa de chutar la pelota de vuelta a la otra fila, donde se repetía el proceso.

Así transcurrió toda la hora del almuerzo. Inevitablemente, los chicos mayores dominaban el juego y se anotaban la mayor parte de los tantos. Algunos de los más jóvenes también conseguían atrapar la pelota y chutarla, pero la mayoría apenas si llegaba a tocarla.

Dorrigo no dejó de observarlos durante toda la hora del almuerzo de su primer día de escuela. Otro chaval de primer curso le dijo que tenías que estar por lo menos en segundo para que te dejaran probar suerte. Los alumnos mayores eran demasiado fuertes y rápidos; no dudarían en clavar el codo en una cabeza, el puño en un rostro, la rodilla en una espalda con tal de desembarazarse de un adversario. Dorriggo se percató de que había un grupo de chavales más pequeños merodeando cerca de los jugadores, unos pasos por detrás de estos, listos para rescatar alguna pelota extraviada que saliera volando por encima de la marabunta.

El segundo día se unió a ellos, y el tercer día se descubrió pegado a las espaldas de los jugadores. Fue entonces cuando, por encima de los hombros de estos, vio que la pelota salía disparada en un vuelo tembloroso hacia las alturas y en su dirección. Por un instante pareció flotar en el aire, tapando el sol, y Dorriggo comprendió que esa pelota era suya y de nadie más. Percibía el olor de las hormi-

gas rojas en los eucaliptos y cómo la deshilachada sombra de sus ramas se iba quedando atrás mientras él se precipitaba hacia delante y se adentraba en la piña. El tiempo se ralentizó y Dorrigo encontró todo el espacio que necesitaba en el punto hacia el que convergían a la carrera los chicos más grandes y fuertes. Comprendió que esa pelota que se mecía encaramada al sol le pertenecía, y que lo único que debía hacer era ganar altura. Solo tenía ojos para ella, pero intuyó que no la alcanzaría a la velocidad que llevaba, por lo que dio un salto. Sus pies se toparon con la espalda de un chico, sus rodillas con los hombros de otro, y así trepó hasta alcanzar el deslumbrante resplandor del sol, elevándose por encima de todos los demás. En la cúspide del esfuerzo colectivo, Dorrigo alargó los brazos hacia arriba, sintió que la pelota se posaba en sus manos y supo que podía dejarse caer, abandonando aquel resplandor.

Aferrando la pelota contra el pecho, aterrizó de espaldas, y el impacto fue tal que se quedó sin aliento. Aspirando grandes sorbetones de aire, se las arregló para levantarse y allí se quedó, bañado por la luz, sosteniendo la pelota ovalada, listo para unirse a un mundo más grande.

Mientras retrocedía tambaleándose, la melé se congregó a una respetuosa distancia de él.

¿Quién coño eres tú?, preguntó uno de los chicos mayores.

Dorrigo Evans.

Eso ha sido alucinante, Dorrigo. Te has ganado el saque.

El olor a corteza de eucalipto, la cruda luz azul del mediodía tasmano, tan hiriente que hubo de entornar los ojos casi hasta cerrarlos, el zarpazo del sol en su piel tirante, las sombras afiladas y cortas de los demás, la sensación de traspasar un umbral, de penetrar gustoso en un nuevo universo sin haber perdido del todo el anterior, todavía tangible y alcanzable. Era consciente de todas estas cosas,

tal como lo era de la tierra ardiente, el sudor de los demás chicos, la risa, el extraño y puro regocijo de ser uno más.

¡Chútala!, oyó chillar a alguien. Chútala de una puñetera vez antes de que suene la campana.

Y, en lo más hondo de su ser, Dorrigo Evans comprendió que toda su vida había sido un viaje hacia ese punto en que por un instante había volado hasta alcanzar el sol, y que en adelante ese mismo viaje lo alejaría cada vez más de su resplandor. Nada volvería a ser igual de real para él. La vida nunca volvería a tener tanto sentido.

4

¿Te crees muy listo, verdad?, preguntó Amy. Estaba tumbada con Dorrigo Evans en una cama de hotel, dieciocho años después de que él hubiese visto a Jackie Maguire llorando delante de su madre, y se entretenía enrollando un dedo en los rizos cortos del hombre mientras él le recitaba «Ulises». La habitación quedaba en la tercera planta de un hotel venido a menos y daba a una profunda galería que, al impedir toda visión de la carretera que discurría a sus pies y de la playa que se extendía al otro lado de esta, creaba la ilusión de estar colgado sobre el océano Antártico, cuyas olas oían restallar y retroceder sin descanso allá abajo.

Es un truco, dijo Dorrigo. Como cuando alguien te saca una moneda de detrás de la oreja.

No, no lo es.

No, dijo Dorrigo. No lo es.

¿Y qué es, si no?

Dorrigo no estaba seguro.

Y todo eso de los griegos, de los troyanos, ¿a qué viene? ¿Qué más da?

Los troyanos eran una familia. Perdieron.